

## Risas del aire

Todo el verano se la pasó buscando cualquier tipo de papel: sobrecitos de té, envolturas de caramelo, cartoncitos del papel higiénico y de las servilletas. Otros de los tesoros ni siquiera sabía de dónde eran, pero mientras sirvieran para escribir le eran útiles.

¿Y por qué lo hacía?

Porque sus papás no podían comprarle un cuaderno para ir a la escuela. “Si quiero salir de esta miseria voy a tener que hacer lo imposible” se dijo un día, y desde entonces nunca dejó de decirlo.

Todo el verano, bajo el sol calcinante de los primeros meses del año, estuvo caminando atrás de la gente para rescatar del piso las inmundicias que lanzaban sin ninguna clase de apego o tristeza. “De saber lo importante que puede ser su basura, no la llamarían así”.

Poco a poco, con sus manos sucias y pequeñas, fue juntando los papelitos unos con otros, con muchísima paciencia y muy poquita plasticola.

El primer día de clases llegó al aula con el cuaderno de hojas de una sola carilla en la bolsa de nylon más bonita que encontró. Sin embargo, ese día no ocupó su creación porque dedicaron el inicio del año escolar para conocerse entre compañeros y con la maestra.

La mañana siguiente sí pudo escribir en sus papeles. Con una letra insegura y sin apoyar ni un poco la mano en collage de residuos (para que no se desarmara), escribió la fecha. También escribió “El día está nublado”... ¡Qué mala suerte! Ojalá

no se largue a llover, porque de ser así el cuaderno no resistirá el camino a pie hasta el barrio.

La campana sonó tres veces, anunciando la hora en que las calles aparecen nuevamente y, junto con ellas, la infinita y cansadora subida que representa otro día con la panza vacía. Con el cielo atestado de nubes, sus pasos eran más rápidos que de costumbre. Los ojos marrones buscaban con movimientos nerviosos un lugar en donde resguardarse (resguardar al cuaderno) de la lluvia que todavía no caía.

Por fin encontró un acogedor escondite. En una acequia, debajo de un puente, se metió gateando y sacudiendo telarañas por donde su mano tocaba. El refugio se convirtió en la biblioteca que siempre quiso. Un lugar lleno de conocimiento (cuya existencia deseaba habitar) se formaba ante sus ojos, un mundo de estantes llenos de libros escritos por él y por otros infinitos escritores de la vida. Una rata que pasó le dijo “buen día” y siguió su camino.

Ahí abajo se sintió a salvo de todo el mundo, no sólo de la lluvia. Por un momento pensó en gritarle al cielo, decirle que lloviera, tronara o cayera en toda su extensión sobre la tierra, pero que nada iba a destruir su voluntad de mantener seco el cuaderno. De todos modos prefirió callar y no tentar al destino.

Estuvo en su escondite mucho tiempo, tanto que se durmió y se despertó seis veces. Por precaución eligió quedarse en la fortaleza, tenía mucho miedo de salir y que el agua deshiciera su hermoso y apreciado trabajo.

Hizo bien.

Entre la séptima vez que se durmió y la séptima en que se despertó, un diluvio como no lo había habido hacía mucho tiempo transitaba las calles de abajo a arriba y de arriba abajo (más de arriba a abajo que de abajo a arriba, por la extraña naturaleza

que tiene el agua). Ni una persona estaba afuera de su casa. “Parece que todos quieren proteger sus cuadernos artesanales”.

Bajo el puente la lluvia todavía no entraba, gracias a los tapones de mugre que había en los dos extremos, pero no faltaría mucho para que la cuevita se inundara. “Enseguida, cuadernito, vamos a estar atrapados acá”.

Antes de lo esperado el agua empezó a infiltrarse por entre los inmundos tapones. Tuvo que levantar el cuaderno para que el agua no se lo comiera. Si seguía así, no sólo el cuaderno iba a perecer bajo el maldito techo de cemento.

De la desesperación, sus ojitos se llenaron de agua (diferente a la de la lluvia) y lloraron al compás del cielo.

Cuando la oscuridad de la asesina inundación le llegaba al cuello y casi alcanzaba al cuaderno, pasó algo que nunca se hubiera imaginado. La tapa se separó de la contratapa sin necesitar la acción de las manos humanas, y el mejunje de papelitos, plasticola, tiempo y corazón empezó a crecer.

Se agigantó, se enormeció, se agrandó a tal punto que sirvió como canoa. Entonces, ya arriba del buque-cuaderno, flotaron creación y artista hacia la salida del refugio convertido en cárcel. Atravesaron el murallón de basura mojada y siguieron flotando por la acequia, por la calle inundada, subieron por las gotas de lluvia confundidas y se perdieron entre las nubes.

Quizás se fueron con la tormenta, quizás la dejaron atrás, pero las lágrimas que dibujaron surcos en la tierra de sus mejillas se transformaron, para siempre, en risas del aire.